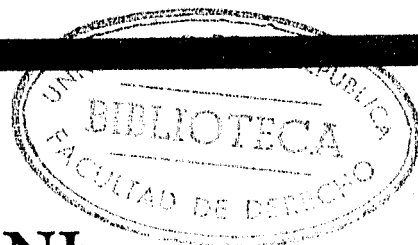


# Combate



EMILIO FRUGONI

Meditación política sobre Latinoamérica

LUIS ALBERTO SANCHEZ

La Universidad y la Democracia

CALIXTO MASÓ Y VAZQUEZ

La Revolución Cubana

LUCIO MENDIETA Y NUÑEZ

Un balance objetivo  
de la Revolución Mexicana

MAYO Y  
JUNIO 1959

6

SAN JOSE  
COSTA RICA



# Meditación política sobre Latinoamérica

la tenaza E.E. U.U. — U.R.S.S.

*Emilio Frugoni*

**E**S para nosotros evidente que el triunfo de la revolución que derribó en Cuba el despotismo de uno de los tantos dictadores militares de Latinoamérica, renueva la esperanza de una próxima liberación de aquellos otros países americanos que aún se hallan sometidos a regímenes de fuerza.

Y también auspicia en el continente una revaloración de la democracia liberal y parlamentaria, que retorna como una esperanza de renovación social luego de haberse descreditado en casi todo él después de algunos años de desastrosa experiencia.

Es, sin duda, mayor su significado y trascendencia desde ese punto de vista que otros movimientos anteriores: "La revolución libertadora" que en la Argentina arrancó a Perón del poder tras doce años de la más oprobiosa tiranía. Y la que en Colombia derrocó la dictadura del general Rojas Pinilla, quien había llegado a gozar años antes del más alto prestigio auténtico de gobernante pacificador en un país asolado por indescriptibles desbordes de una violencia sanguinaria en la que se compendiaban en una misma barbarie, rivalidades políticas fe-

---

EMILIO FRUGONI. *Fundador y líder del partido Socialista Uruguayo. Ex embajador del Uruguay en la U. R. S. S. Autor de numerosos libros, entre ellos de Génesis, esencia y fundamentos del socialismo.*

roces con los solos impulsos de la delincuencia vulgar y del bandidaje organizado.

La de Venezuela se hizo también contra un general que había maniobrado para recoger el mayor provecho personal de la traición militar que dio por tierra con el gobierno de Acción Democrática, el cual bajo la presidencia del ilustre escritor Rómulo Gallegos había traído a su país un soplo revolucionario de vastas proporciones sociales.

Pero la restauración del impulso renovador que fuera barrido por aquella traición de los militares entregados al imperialismo económico petrolero, no se produjo sino en dos etapas. La primera, en una coalición, eso sí, de fuerzas políticas antidictatoriales de la que formaba parte Acción Democrática. Y la segunda, mediante unas elecciones libres, con el triunfo de Acción Democrática encabezada por Rómulo Betancourt, su fundador y líder. Con esta segunda etapa comienza el gobierno de una corriente firmemente orientada hacia reivindicaciones más trascendentales con vistas a una renovación a fondo de la estructura económica del país y a la elevación social de su población productora, especialmente la indígena. Se diría que el Gobierno legítimo inmediatamente anterior fue la antesala de espera de éste, cuyo promisorio comienzo coincidió con la dramática culminación, casi sorpresiva, de la gesta revolucionaria de Cuba. Esta alcanzó mayor resonancia en el ámbito continental por la dramaticidad tumultuosa en que

se imponía finalmente, cuando aún no se esperaba. La "revolución libertadora de la Argentina" sustituyó al general derrocado con un gobierno de militares que —eso sí— se rodeó de algunas formas de consulta popular, como la Junta Consultiva de gobierno y la Convención Constituyente, a la que quiso confiar la misión de dictar una ley de elecciones, pero se disolvió por culpa de un partido civil (el radical Intransigente) que se retiró de la Convención dejándola sin número de componentes indispensable.

En Colombia se pusieron de acuerdo los dos grandes partidos permanentes y hasta entonces irreconciliables, para formar un gobierno de coalición alternándose en la presidencia de la República.

Eran los partidos cuyas rivalidades habían concluido por precipitar a la nación en un caos pavoroso del que la sacó el general que más adelante, embriagado por el poder, se transformó en un sátrapa voraz y sanguinario, al cual derribó la citada coalición.

Quedaban, pues, tanto en un caso como en otro, situaciones irregulares que buscaron consolidarse en provisorios restauradores del orden a cargo de fuerzas ya muy conocidas gastadas en las vicisitudes políticas del país.

En la República Argentina se impusieron las fuerzas armadas, de las que habían brotado en las últimas décadas golpes de Estado reaccionarios y otras nada recomendables formas de escalamiento o incautación del poder. Y si bien es verdad que el nuevo gobierno fundamentalmente castrense había venido como fruto de un levantamiento al que prestaron su adhesión moral, y también en no pequeño grado su concurso de hecho, la masa ciudadana consciente y los sectores populares más inequívocamente democráticos, y que solemne y reiteradamente prometía —promesa que cumplió— dejar el poder en cuanto llegase el momento de convocar a elecciones con padrones suficientemente depurados, su simple procedencia militar restaba algunos quilates de significación popular al acontecimiento histórico de su triunfo.

La revolución cubana aparece, desde su raíz y se afianza y amplía en toda su trayectoria, como la esforzada hazaña reivindicadora de un pueblo para el pueblo. Sur-

ge como una verdadera esperanza de eliminación de toda forma del viejo sistema de gobierno criollo en que el poder ejercido por la voluntad de un caudillo o de una camarilla oligárquica, no es más que una empresa de embaucamiento y sometimiento con el concurso de las armas principalmente utilizadas para sostener a los que mandan, empresa que sobre todo conduce al enriquecimiento indebido y vertiginoso de los gobernantes.

Porque a la rebelión cubana la encabezaron civiles, hombres sin espíritu de cuerpo armado sino de masas populares ansiosas de libertad y emancipación. Porque ella había venido formando su caudal en la brega abnegada manteniéndose en forzoso e íntimo contacto con los humildes pobladores del campo, confraternizando con ellos, penetrada de sus necesidades y problemas y atrayéndolos a su causa con una bandera que natural y espontáneamente reconocían como suya. Convivió con ellos en la región más agrícola de la República. Y allí creció con la afluencia de revolucionarios de todas las clases sociales, pero entre los que lógicamente abundaban los jóvenes universitarios de inquietudes avanzadas y los obreros jóvenes que iban a incorporársele desde la capital y otras ciudades.

Fue un río que intensificó y fijó la coloración de sus aguas, de índole eminentemente popular y renovadora al reflejar en su trayecto y en su contacto con ellas, las capas del pueblo más necesitado de ayuda para mejorar su vida y galvanizar, a su vez, la vida de la República.

Y he ahí ese río que concluida su obra de derrocamiento salvador, desemboca en el nuevo compromiso histórico de movilizar sus aguas con un sentido complementario del que tuvo hasta ahora su afortunada acción. Un sentido que no por complementario es menor importante que el otro, sino más trascendental sin duda. Porque las revoluciones no se hacen solamente para echar abajo un déspota, un obstáculo al progreso civil de la nación y al goce de los sagrados derechos del pueblo, sobre todo el de ser libre y el de vivir como dueño y señor de su propio destino político y económico. Las revoluciones se hacen para sustituir lo que se destruye a fin de que desaparezca de verdad, pues, como enseñaba Augusto Comte, no se destruye sino que se sustituye.

Y he ahí que llega para Cuba la hora de una decisión que es también un problema para todas las naciones de Latinoamérica en su condición de países sobre cuyos destinos gravita el determinismo de circunstancias que se forjan en la fragua de imperativos comunes a todos ellos.

Países en formación, de economía subdesarrollada, como ha dado en decirse, en mayor o menor grado de incipencia, pese al volumen de su producción natural y a los tesoros de arcaica cultura que varios de ellos guardan en ese estupendo reservatorio abierto al asombro universal, que son las maravillosas ruinas de civilizaciones inmensamente ricas para su tiempo de ocho siglos atrás. Países estancados, y, a veces, en retroceso, que añoran extinguidos esplendores de una perdida grandeza, nunca exenta —claro que no— de los contrastes ofrecidos, en tiempos de la Colonia, por la prepotencia y codicia de los encomenderos, por el rumboso parasitismo de los hidalgos y señoritos de la alta burocracia civil, por la arrogancia insolente de los militares, por la abrumadora preponderancia del clero, con la miseria y la opresión en que se mantenía a los indígenas indios o zambos y los negros esclavos.

Y que después de la Colonia todavía presentaron el cuadro conternador de las diferencias sociales interpuestas entre las masas desvalidas y los oligarcas dueños de las tierras, de los ingenios de azúcar, de los yerbales, de los cafetales, de los gomeriales, de los obrajes, de las grandes empresas de transporte. Como asimismo entre los grandes cortijeros de México, los gamonales del Perú, los estancieros latifundistas del Río de la Plata, los "fascendeiros" del Brasil, los caciques políticos de todas partes, los dictadores con sus familias y amigos, frente al indio, al negro, al mulato, reducidos a la condición de conchavado, de siervo, de pongo o animal doméstico de carga, de peón de estancia o de granja, mantenido en las limitaciones mentales del analfabetismo y la mayor ignorancia para mejor someterlos a la voluntad del patrono y al ascendiente del caudillo rural.

Hay, pues, en estos países una base y razón de ser comunes para un esfuerzo tendido a la renovación profunda de su vida. Cada uno debe realizarlo de acuerdo con las condiciones que crean a sus posibilidades su

geografía, su geología, su ambiente climático y telúrico, su conglomerado racial, el terreno mesológico sobre el cual le corresponde actuar y desenvolverse.

Todos han de poder y deben tratar de poder orientarse desde ahora hacia formas de organización y sistemas de vida que realicen la que puede llamarse misión histórica mundial de esta parte del mundo.

Para ello se han dado cita, en una confluencia maravillosamente fecunda, todas las corrientes del espíritu y del genio humano, y todas las fuerzas materiales del orbe, acarreadas por la oceánica inquietud migratoria de razas y pueblos en incesante agitación.

En la presente hora, los de ésta que se ha dado en llamar "Nuestra América" desde los días de Octavio Bunge, se sienten solicitados por tendencias rivales que tratan de llegar a lo hondo de sus almas colectivas y de arrastrar la voluntad de sus gobiernos y de sus masas populares hacia definiidas y firmes tomas de posición.

Estas se pronuncian por el género y el sentido de las instituciones y el juego de las mismas en favor o en contra de determinados intereses. A menudo el pronunciamiento aparece en lo económico, en lo político, en lo social a través de lenguajes que son incluso abstractos y filosóficos cuando corresponda, siempre para sustentar temas que unifican en preceptos generales de significación moral y hasta religiosa unas veces, científica otras veces, los motivos centrales de la acción.

\*

El radio de los acontecimientos ha venido a plantear en torno de esta América una pugna de las máximas potencias rivales, que un día se entabló antes de la primera conflagración, entre la voraz expansión capitalista y territorial de Estados Unidos, que se internó en prácticas de un imperialismo estrangulador de soberanías nacionales desde el advenimiento de la política del "great stich" esgrimida por Teodoro Roosevelt, y el tradicional imperialismo británico.

Pero después de la segunda conflagración, mientras el poderío económico y político del imperialismo británico decrece, pre-

domina la influencia del capitalismo monopolista yanqui personificado sobre todo en las grandes compañías fruteras y petroleras (entre otras de también enorme gravitación económica), asimismo con derivaciones políticas, en la explotación de las minas, del caucho, del café, de los transportes marítimos y aéreos.

Estados Unidos queda dueño del campo de acción latinoamericano al término de esa guerra en que se hundió el poderío guerrero e igualmente el económico e industrial de Alemania, la gran competidora fabril y comercial de la última década anterior; y del Japón, que también había expandido la invasión de sus industrias modernas por todo el mercado mundial.

Pero apenas superado el primer lustro de la nueva era de paz, Alemania, sorprendentemente reconstruida, reaparece en el mercado internacional concurriendo con sus automóviles, sus máquinas, sus tintas, sus telas. Japón, algo después, comienza a tomar posiciones en la beligerancia mercantil.

Como asimismo Francia e Italia, entre las agitaciones y alternativas de una vida política interna en permanente tensión, y en el caso de Francia, desgarrada por terribles guerras coloniales, tratan de recuperar sus cuotas de intercambio con el mundo.

Y entretanto, una competencia más compleja y peligrosa ha venido perfilándose frente a Estados Unidos en el ámbito de estas naciones de América: la soviética.

No es una concurrencia industrial ni mercantil, aunque no prescinda de intentar trasladarse al plano de la producción exportable.

Cuando una nación exportadora capitalista pugna por conquistar un mercado o penetrar en él, nada le interesa tanto como prestigiar particularmente sus mercancías, y en general su producción.

Cuando la Unión Soviética persigue ese mismo objeto poco le interesa prestigiar sus mercancías o su producción por ella misma.

Lo que le interesa es recabar el prestigio que de ello pueda derivarse para prestigiar al régimen Soviético, cuya capacidad como organizador de la nación y de su eco-

nomía desea magnificar a los ojos de los pueblos del continente exhibiéndoles y vendiéndoles artículos de tan buena o mejor calidad que la de aquellos países con los cuales rivaliza política y militarmente.

Tiene, pues, todo el carácter de una operación política y de una estrategia militante para la concurrencia que entabla a esos países.

Como es natural, no sólo se confía a la exportación de mercancías la operación de propaganda en favor del régimen imperante en la nación que se quiere presentar como competidora de las más adelantadas de la tierra en todo sentido y en los planos de la actividad humana, del músculo y del espíritu, desde la economía en sus diversas manifestaciones hasta los de la ciencia y el arte sin excluir ninguna región del pensamiento y de la fantasía. Revistas, periódicos, libros se dedican a esa propaganda, que lleva siempre el sello —aunque no siempre visible— de la autoridad oficial del Estado que la administra.

Claro está que las naciones capitalistas nunca dejaron, en mayor o menor escala, de irradiar hacia afuera, en todas direcciones, las noticias y pinturas más atrayentes de cuanto son capaces de hacer, de producir, de crear sus habitantes. Y de cuáles son las obras, las expresiones del genio, de la inventiva, de las aptitudes de su gente que merecen la admiración o el aplauso o el reconocimiento de la humanidad.

Todos los países civilizados del mundo están, por así decirlo, impregnados de esas corrientes caudalosas de informaciones, noticias y comentarios de la vida de todos ellos, que les llegan día a día por la intrincada red del telégrafo, del teléfono, del teletipo, de las ondas hertzianas, de la radio, de la prensa escrita, del cine, del teatro, del libro, generalmente transportado en las alas del avión . . .

Eso es, precisamente, el armazón palpable e impalpable de la civilización contemporánea, de la cultura viva y activa dentro del cual se desarrolla nuestra existencia.

Así se entrecruzan en la atmósfera de todas las regiones civilizadas del globo las noticias de todas partes.

De entre ellas, de las de la URSS y de los países sometidos por ésta pasan solamente las emitidas por fuentes oficiales o visadas por la vigilancia y censura oficial. Es una ventaja estratégica que el régimen soviético, en la rivalidad y guerra fría que mantiene con las potencias capitalistas, les lleva a éstas cuando se rigen por leyes democráticas que imponen la libertad de prensa. Las libertades democráticas, en efecto, abren las puertas de salida a toda clase de informaciones o suposiciones favorables o desfavorables sobre lo que ocurre en un país. Cuando no el periódico o la radio, es el libro el que se encarga de formular revelaciones molestas o desprestigiantes para una nación o su gobierno o una clase social o un gremio o un círculo de personas o una persona determinada.

Los regímenes totalitarios, como lo es el soviético, se defienden con ruda severidad de las infidencias o indiscreciones.

Su literatura ofrece infinidad de ejemplos tan elocuentes como el de Pasternak, que conmovió hace poco a la conciencia occidental.

El empeño — que podemos llamar trágico — de vencer al adversario por la propaganda obedece en los soviéticos a la convicción de que es en ese terreno donde se libra la batalla de la cual dependen los destinos de la humanidad.

Por eso ellos, en el campo mismo de la preparación bélica, han dado especial y preponderante cabida a ese terreno.

Eso se vio cuando sorprendieron al mundo demostrando con su primer cohete enfilado hacia la luna haber ganado la delantera a la ciencia nuclear de Estados Unidos y, por consiguiente, al ejército norteamericano.

\*

Sin duda los gobernantes de la URSS no cuentan con la guerra mundial para crear la ocasión de cumplir con el sueño mesiánico de imponer su voluntad y su ley a todo el planeta.

No dejan de pensar que la guerra total de ahora arrasaría con todo y no dejaría detrás de sí más que ruinas sin hombres.

No habría ni vencidos ni vencedores. Sino un solo gran suicida desangrándose entre los escombros.

No es sobre ese terreno donde podría extenderse e implantarse el bolcheviquismo.

Este podría, en cambio, adueñarse de vastas partes del mundo, por medio de revoluciones simultáneas o sucesivas pero inmediatas entre sí, relativamente fáciles de provocar en regiones como las de América del Sur y del Centro sumidas en el atraso y la miseria. Donde poblaciones indias ignorantes y hambrientas que están a merced de caciques y embaucadores pueden soliviantarse con cualquier promesa engañosa y, sobre todo, si se ponen en sus manos armas de fuego. Donde el hombre blanco o mestizo padece igualmente en campos y ciudades penurias sin cuento, explotado en mil formas deprimentes e inhumanas, y nutre una sorda y justa irritación contra los amos que lo exprimen y las castas gobernantes que se enriquecen sobre su miseria y lo apalean cuando reclama.

Ahí está, entre esas realidades sociales y políticas del medio americano como del africano y asiático, en inmensas extensiones, abierto el camino para hacer rodar el balompié de los acontecimientos hacia las sublevaciones que el comunismo podría aprovechar para sí en una cosecha de descontento e indignación que dejaría en sus manos, en vez de sólo cadáveres, como la conflagración atómica, multitudes ganadas para la esperanza del mito soviético.

Ahora mismo el despertar de los pueblos coloniales hacia una aurora de reivindicaciones nacionales en países de Asia y de África, como asimismo el profundo malestar y la constante irritación, a veces sorda y paciente pero a menudo explosiva de las masas indígenas o criollas crudamente explotadas, de muchas regiones de Latinoamérica, ofrecen a las maniobras de los verdugos de Hungría, de Polonia, de Rumania, de los estados Bálticos, oportunidades de tender con éxito sus redes de embaucamiento y captación. Corremos el peligro de que se forje nuestra historia política y social con moldes que nos alejan de las sanas soluciones de justicia y armonía al amparo de la libertad civil en la auténtica "democracia de las tres dimensiones".

Pero para eludir ese peligro no debemos entregarnos a una absorbente preocupación de una sola flecha, es decir de una sola dirección del tránsito público.

La liberación latinoamericana y aun el avance de estos países hacia sus mejores destinos, tiene que encararse con vistas a la implantación de una democracia a cubierto del enfeudamiento en instalaciones opresoras del capitalismo monopolista y del tradicional latifundismo.

Uno y otro ya son inveterados en nuestro continente en su función de agotar y exprimir entre los dos, con el concurso de gobiernos venales, las energías productoras del pueblo.

El instinto democrático propio de los pueblos americanos debe reforzarse contrarrestando con la educación de las generaciones la obra de mixtificación de las propagandas totalitarias. Pero también, por otra parte (lo repetiremos hasta el cansancio), eliminando las desviaciones del criterio que conducen a confundir las "libertades" que son aire sano para los pulmones colectivos de un pueblo con las que son castigo para sus espaldas porque son látigos en manos del egoísmo organizado.

Libertades de esa índole, enarboladas por el pendón de la "libre concurrencia", culminaron en los horrores de la revolución industrial capitalista que se dió por lema el famoso "laisse faire" del liberalismo manchesteriano.

Pertenece a ese tipo de familia de principios liberales el que hoy se denomina "libre empresa", lema con el cual circulan tanto disimulados la "libre concurrencia" y el "laisse faire" que el intervencionismo legal enfrentó con las "leyes de fábrica" por un lado, y por otro con la derogación de las que prohibían a los obreros el derecho de reunión y coalición. Esos fueron los puntos de partida de todo el incesante avance del derecho obrero, cuya conquistas jurídicas determinadas e impulsadas por la acción y la organización sindical constituyen el cuerpo de la legislación laboral de nuestros días.

Ese que se ha llamado "Nuevo Derecho" vive en conflicto permanente con las tendencias expansionistas del capitalismo que

se aferra a sus privilegios económicos cubriéndolos con la bandera de pretendidos principios de libertad que, como los de la "empresa libre", no son sino dictados jurídicos que cubren los efectivos abusos de la explotación y de la concentración de la riqueza.

Fácil es al comunismo recoger en provecho de su penetración en el ánimo de las masas proletarias la espontánea adhesión que ese falso principio liberalista les inspira. Y en el mismo grado en que Estados Unidos acentúa su apego a esa forma de organizar su economía y la propaga como un modelo o padrón rodeándola del prestigio de una bandera del progreso, el comunismo soviético halla mayores facilidades para erigirse ante la mentalidad de esas masas como un paladín de sus derechos a una vida menos ligada al arbitrio de grandes compañías todopoderosas.

Eso explica el hecho de que surja y se desarrolle el comunismo a la sombra de los abusos de esas compañías, que aplican con verdadera saña el sistema que se ha denominado de los sifones de presión porque extrae las riquezas naturales de los países atrasados para enviarlas a la metrópoli capitalista extranjera, dejándoles en cambio la indigencia de las poblaciones criollas y el impresionante atraso mental de los indios explotados.

\*

Para salvarse de caer en falsas interpretaciones de la democracia habrá que inculcar muy hondo en el corazón colectivo de estas naciones el amor profundo o forma de vida que aseguran el goce de las libertades pública y de la justicia económica, madre verdadera de la igualdad social y de todas las libertades. Así como la libertad política es el paladín o, dicho de otro modo, la policía guardiana (cuya arma es la ley), de las demás libertades o sea las personales en la multitud o en el individuo inermes. Debemos cuidarnos de que la democracia política no se asfixie bajo el predominio de fuerzas económicas cuya natural gravitación hacia el monopolismo y la autarquía del capital conducen a la negación irritante de derechos civiles y facultades jurídicas que no pueden desconocerse ni reducirse en lo esencial sin mutilación de la persona humana.

Contra esa preocupación, imprescindible para el mantenimiento y desarrollo de la salud del cuerpo social de las naciones contemporáneas, conspira la filosofía militante del capitalismo, en cuanto tiende a basar la vida política y la organización jurídica, en general, en el poderío económico de las clases socialmente privilegiadas. Y confunde el interés de la nación con las conveniencias plutocráticas de los sectores particulares adueñados, para su individual provecho, de los principales resortes de la economía general.

El dogma de la libre empresa suena a patente de corso en sociedades donde las masas populares son débiles como fuerza histórica en la vida de países cuyas instituciones no son obra de la voluntad popular, poco consciente e inconsciente del todo, sino de castas dominantes sólo inspiradas en un inflexible egoísmo. Ceguera trágica es no advertir que una política de predominio económico imperialista que, por apego a dicho dogma, tiende a apartar a los países subdesarrollados de Latinoamérica de los caminos históricos de una acertada y humanitaria organización de su economía, conciliable con aquel instinto de la libertad personal en cada sujeto de las masas populares y con su mejoramiento material y espiritual, hace el juego de la política rival soviética.

El industrialismo expoliador en los pueblos atrasados es caldo de cultivo del comunismo.

Hay elocuente experiencia histórica de cómo la explotación industrial del gran capitalismo implantada en medios donde la diferencia de clases es muy profunda y la incultura y opresión de las grandes masas populares las deja accesibles a las prédicas más extremas del radicalismo simplista, prepara el terreno para que la revolución social sobrevenga en agudas condiciones de violencia y brutalidad.

Por ejemplo: fue sin duda una sorpresa para el mundo civilizado el hecho de que en Rusia, la tierra de los zares, de los rudos boyardos y los mujics analfabetos y supersticiosos, y no en la Alemania de la Social Democracia, fuese donde, rectificando a Marx, el proletariado se apoderase del gobierno. Y fue una desgracia universal que a la caída del zarismo, que no había sido obra sola-

mente de los bolcheviques—fracción política en minoría en el conjunto de las cuatro o cinco corrientes políticas, entre ellas algunas de la burguesía liberal que intervinieron en el derrocamiento de aquél—las sucediese la instalación del bolcheviquismo en el poder.

¿A qué se debió que el comunismo pudiera adueñarse del timón del Estado y del Estado todo? A que contó, dentro del conjunto de las masas que integraba, con un gran ascendiente localizado sobre todo en San Petersburgo, la capital de Rusia, donde había surgido desde los tiempos de Pedro el Grande un industrialismo de tipo europeo, cuyas fábricas y talleres se extendieron por otras varias poblaciones importantes: Moscú, Odesa, Kíev.

Los proletarios de esos centros industriales dieron base y sustento, allá por el año 1898, a un partido político obrero: el Social Demócrata. Este partido no tardó en dividirse en un congreso del cual emanaron las denominaciones de “bolcheviques” (los de la mayoría) y “mencheviques” (la minoría). Los primeros quedaron en minoría un año después, en un congreso celebrado en Estocolmo. Luego se produjo la separación completa de las dos ramas, que eran irreconciliables. En ese congreso posterior de Estocolmo, los mencheviques o minoritarios fueron mayoría; pero eso determinó la separación absoluta y la constitución de dos partidos obreros rivales, pues los mayoritarios se dieron una organización aparte. De esos dos corrientes, una tenía como figuras salientes a Plejanow, el gran doctrinario introductor del marxismo en Rusia, y a Axerol. La otra estaba encabezada por Lenin. A ésa se incorporó Trotsky después de haber pertenecido a la rama menchevique. La bolchevique encontró, por su extremismo, mayor ambiente entre los asalariados de las industrias urbanas. Las duras condiciones de la explotación a que estaban sometidos habían provocado algunas protestas colectivas brutalmente sofocadas por las fuerzas zaristas.

Latía en el espíritu de los trabajadores industriales una propensión a encarar la lucha de clases con la instintiva combatividad de aquellos siervos que de tanto en tanto se hacían matar en sangrientas tentativas por romper con formidables alzamientos de campesinos el yugo de los boyardos y príncipes terratenientes. Las agitaciones de masas menesterosas clamando benevolencia al feroz



absolutismo zarista, que alguna vez conducían al matadero a personajes siniestros como el pope Gapón, venal instrumento de la policía, esgrimían tizones que eran heraldos del incendio total. Poco antes de la guerra del 14 una de esas rebeliones redujo a cenizas el Palacio de Invierno de los zares de San Petersburgo. Tales explosiones de la ira de abajo caldeaban y volvían explosivo el ambiente de las protestas populares.

El lenguaje bolchevique con su marx-leninismo y los radicalismos que el propio Lenin tuvo que refrenar con su libro *El radicalismo, enfermedad infantil del comunismo*, era así el que hallaba más aceptación en las mentalidades de esos proletarios.

Habiendo sido muchos de ellos enrolados en el ejército al estallar la guerra en 1914, pudieron prestar su concurso armado a la revolución que derrocó al zarismo. Y luego, integrando la guarnición de Petersburgo, fueron el brazo armado que disolvió la asamblea constituyente revolucionaria sirviendo entonces a la causa de los bolcheviques, que estaban en minoría. Ese proletariado estaba pronto a prestarse para desviar hacia la tiranía policiaca un movimiento histórico que nació como una radiosa esperanza de libertad y justicia para el pueblo de Rusia y para los trabajadores de todo el mundo. Mentalmente había sido un producto, por reacción, del capitalismo prepotente implantado en un medio semibárbaro de cuyo atraso se aprovechaba adaptándose a su rudeza despótica para mejor explotar a sus servidores. En un artículo de Maurice Mareau Ponty sobre los libros "Au de là du nationalisme" y "Violence et Conscience" de Therry Mulnier, publicado en la revista "Fontaine" de París, en el año 1946, hallamos el siguiente pasaje: "Las bases de la revolución proletaria fueron planteadas en Rusia en 1917. . . . Ese es un hecho al cual se le puede, sin duda, casi de golpe encontrar razones: no es por azar, se dirá, por lo que el país económicamente más atrasado de Europa fue el primero en realizar la revolución proletaria. Justamente puesto que Rusia no había como los países occidentales realizado ella misma su industrialismo, se ofrecía a los capitales de los países adelantados como un país semicolonial, y la implantación brutal de los modos de producción modernos debía provocar una crisis que la conduciría a la revolución obrera sin pasar, como

*los países de Occidente, por una larga fase de evolución democrática y burguesa".*

Se ve, pues, cómo las rudas maneras de una moderna explotación capitalista introducida a forceps en medios históricos atrasados conducen a la explosión de revoluciones prematuras que elevan al poder una clase obrera incapaz de ejercerlo dentro del orden necesario y en un clima fecundo de libertad completa y de respeto a todos los atributos morales, espirituales y jurídicos de todos y cada uno de los componentes de la nación.

\*

Pero dejando a un lado el mal que pueda llegarnos, a los americanos del centro y el sur, del indirecto concurso al totalitarismo soviético prestado por la conducta de los capitalistas foráneos, tampoco podemos mirar con agrado, por lo que tiene de pésimo ejemplo para los gobiernos de estos países, uno de los aspectos más característicos de las costumbres política de Estados Unidos.

Nos referimos a la vinculación de intereses que en la poderosa república del norte mantienen sus gobernantes y políticos oficiales, en general, con las grandes empresas.

No es, por cierto, una buena costumbre política para imitar la que cultiva ese género de vinculaciones que asocia a los hombres que tienen en sus manos las riendas del estado y la responsabilidad de conducirlo de acuerdo a los intereses fundamentales del pueblo, con los negocios y las aventuras del capital.

Nos cuesta creer que altas personalidades de la política no adviertan que, cuando desempeñan importantes cargos en la dirección y gobierno de su país, resultan peligrosas e inhibitorias esas vinculaciones, por lo demás difíciles de conciliar con el sentimiento de amplia confianza pública que a esas personalidades les corresponde cimentar.

No es, por cierto, edificante esa dualidad que unifica en una misma persona al gobernante, al legislador, al ejecutor de las leyes con el hombre de negocios, el empresario, el administrador de capitales propios y ajenos para la creciente consolidación de su fortuna privada. Porque no siempre pueden

coincidir sino que a menudo discrepan los intereses generales de la administración pública y de la nación o la comuna, con los intereses personales de quien se halle al frente de la una o de la otra.

Y como la política va siendo, cada vez más, asunto de clases y de estratos sociales, se vuelve también cada día más expuesta a la desconfianza pública y se torna mayor terreno y tema para ejercitar lo que alguna vez nosotros llamamos "sagrada suspicacia del pueblo", especialmente si aparece íntimamente ligada a situaciones personales determinantes de confusión sistemática de la que pueden derivarse provechos particulares. En Hispanoamérica esa práctica sirve con frecuencia para que presidentes y ministros de regímenes inescrupulosos se entreguen con voracidad manifiesta a internarse en la maníagua de todo género de especulaciones mercantiles y financieras alumbrados por el farol mágico de su posición y su correspondiente influencia política.

En "Nuestra América" hasta el tradicional caudillismo más o menos belicoso ha solidado y suele utilizar la condición de gran terrateniente y dueño de hacienda para organizar las peonadas de sus estancias o dominios privados en huestes armadas con las que intentan escalar el poder o imponer condiciones a quienes lo ejercen.

En Estados Unidos la figura del jefe de gobierno o de gran personaje gubernamental duplicada en influyente financista del campo privado, surge y se mantiene con un sentido de filosofía política, digámoslo así, tendiente a proclamar ante el mundo que la gran democracia del norte es una patria del capitalismo orgullosa de serlo.

Y así, frente a la propensión latina a ver en los negocios del dinero y el capital una actividad menos decorosa que la de— aunque tampoco sean desinteresadas— las letras, las artes y las ciencias, erigen la militancia practicista de una especie de ostentosa dignificación de la actividad destacada en los planos del capitalismo.

En ello basan la positiva grandeza de su nación, y se enorgullecen de ser adalides de la gesta del dólar.

Por eso un presidente de la República baja de la Presidencia, al término de su mandato, y va a ocupar su puesto de dirección en una empresa de operaciones financieras. Un general glorioso que retorna de una campaña memorable y es recibido en Nueva York con delirantes demostraciones de entusiasmo, va a ponerse al frente de una fábrica de máquinas de escribir. Y un embajador enviado a la Argentina para enfrentarse con la prepotencia y el histrionismo del general Perón, antes de instalarse en su Embajada de Buenos Aires realiza un recorrido por varios ingenios de azúcar, en su calidad de presidente de una compañía yanqui azucarera.

Los pueblos latinoamericanos, no pocos de los cuales abominan de las compañías yanquis por su política de asociación mercantil con los peores tiranos, no pueden menos de asombrarse con más sorna que admiración ante esa adhesión poco tranquilizadora del hombre público al hombre de negocios.

¿Puede acarrear prestigio a los gobiernos yanquis en estas regiones americanas ese fervor empresista paseado como una enseña que a nuestros pueblos no les inspira ni simpatía ni confianza?

Todo eso nos coloca ante factores directos o indirectos de intensificación del peligro de una creciente penetración comunista en la mentalidad de nuestras masas.

A ello ha de deberse, en gran parte, que la evolución histórica latinoamericana no se produzca en el sentido de una renovación profunda y salvadora de los destinos de la humanidad en esta parte del mundo.

Porque si se deja propicio el campo social y político a la penetración comunista, estos pueblos, como el de Rusia y sus satélites, en vez de llevar a cabo la auténtica y revolucionaria redención, padecerían su cuota de lo que el veleidoso Sartre ha definido genialmente como la "putrefacción soviética de la revolución social".